

El señor Thomas Enders, subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, vino en viaje brevísimo a México. En sólo 24 horas, visitó a los secretarios de Relaciones Exteriores y de Hacienda de México, y al director del Banco de México. Al marcharse rehusó hablar sobre sus conversaciones con tales funcionarios. El señor Enders, conocido por su violencia verbal contra los países de América que como Cuba y Nicaragua se han liberado de explotación y dictaduras, y por ser el diseñador de la política intervencionista de su país en Centroamérica y el Caribe, acaso tenga razón al negarse a decirnos a qué vino a México. En cambio, debieran decirnoslo sus interlocutores, los señores Sepúlveda, Silva Herzog y Mancera.

Enders no vino por casualidad en la víspera de dos acontecimientos de primera importancia para la política exterior mexicana y para la paz en Centroamérica. Por lo contrario, llegado horas después de que nuestra cancillería reafirmó su rechazo a fórmulas sólo en apariencia pacificadoras (el Foro por la Democracia, instrumentado en una Honduras convertida en cabeza de playa de Washington), su presencia reviste un carácter ominoso. En momentos en que se negocian deuda externa, importación de alimentos, mayor venta de petróleo, el que hable con el secretario de Hacienda y con el director del Banco de México parece vincular a estas circunstancias la

visión guerrerista del señor Enders. Conjeturar que vino a presionar al gobierno para mitigar su actitud en Centroamérica no es exceso imaginativo ni muestra de paranoia.

Desde ayer se encuentran reunidos en la isla Contadora, en Panamá, con el presidente de ese país, los cancilleres de México, Venezuela, Colombia y la nación anfitriona. Con agenda abierta, la reunión tiene por fuerza que girar alrededor de la paz en Centroamérica. Los aprestos para una invasión masiva y formal a Nicaragua, desde Honduras, que culminarían en diciembre según información comprobada no han sido suspendidos. La operación sólo fue aplazada, según evidencias, pero no ha sido cancelada. Los hostigamientos no cesan, y aun a partir de tales escaramuzas podría encenderse la regionalización del conflicto, limitado ahora a la frontera entre esas dos repúblicas.

El año pasado México presentó dos mociones para reducir las tensiones en el área. En su discurso de febrero en Managua, y en cartas a los protagonistas (éstas firmadas también por el presidente Herrera Campins, de Venezuela) el presidente López Portillo plan-

teó mecanismos y solicitó acciones de buena voluntad que al cobrar eficacia alejaran el peligro de guerra abierta en la zona. La nueva administración mexicana, tan celosamente empeñada en distanciarse de su predecesora en otros campos, en éste ha guardado una continuidad dinámica que es útil subrayar. La respuesta al canciller hondureño Edgardo Paz Barnica, que anunció su visita a México para invitar a nuestro país a unirse al Foro que Washington diseñó fue acompañada por la reiteración de la fórmula mexicanovenezolana como instancia pacificadora vigente aún. En igual sentido se moverá, sin duda, en Panamá la delegación mexicana.

Mañana lunes, a su vez, se inicia la reunión ministerial de los países no alineados. Como otras veces, México acude como observador, pues insiste en su tesis, ora elusiva, ora eficaz, ora encubrimiento de su afiliación real, de que es no alineado hasta respecto de los no alineados. La junta será en Managua. Eso reafirma la calidad y variedad de los apoyos internacionales a la revolución sandinista, cuyo proceso interno incluye contradicciones, como cumple a todo fenómeno de transforma-

## Decisiva política exterior

Miguel Angel Granados Chapa

ción social pero que tiene el indudable valor de estar fundada en la voluntad popular. También esta participación mexicana, aunque sea en ese nivel, habría sido motivo para que Enders viniera a presionar, con la arrogancia que lo caracteriza y que hace unos días lo llevó prepotente, a llamar pígameo económico a Cuba.

La política exterior mexicana no ha variado su rumbo. Su presencia en Centroamérica lo muestra. Tal vez se modifiquen circunstancias formales, derivadas más de los diversos estilos de quienes la concibieron y practicaron antes y ahora que de razones de fondo. Es bien cierto que la base material de una política exterior independiente se encuentra hoy maltrecha. Pero de ello no se deriva, mecánicamente, una disminución de la autonomía diplomática mexicana. Esta descansa también en otros factores, uno de los cuales es una conciencia cada vez más extendida de que, por una parte, la política exterior obedece a necesidades históricas sentidas hasta en los peores momentos y de que, por otro lado, una política abierta frente al mundo favorece el que también haya apertura en el interior.

Para conseguir ese género de política exterior se requiere un apoyo público que es imposible obtener en ausencia de informes, públicos también, que den cuenta de lo que se hace, se quiere y se puede en esta materia.